

de una experiencia física á la composición de una ópera ó á la de una comedia, y que mi gusto nunca se vea embotado por el estudio. Vuestro gusto, caro amigo, sustentará siempre el mío; pero es menester que nos veamos y que juntos pasemos algunos meses. Nuestro destino nos separa cuando todo debiera unirnos.

AL SEÑOR ABATE ASSELIN

DIRECTOR DEL COLEGIO DE HARCOURT

Mayo de 1735.

Señor: Al hablarme de tragedias, despertáis en mí una idea que acaricio ha mucho tiempo, y es la de ofrecer *La muerte de César*, obra mía, muy adecuada para un colegio donde no se admiten mujeres en el teatro. La pieza tiene sólo tres actos, y es de todas las que compuse, aquélla en cuya versificación desplegué mayor esmero. Propúseme por modelo á vuestro ilustre compatriota, é hice cuanto pude por seguir de lejos

La main qui crayonna  
l'âme du grand Pompée et l'esprit de Cinna.

Pero, en verdad, que esto es algo así como la rana que se hincha para abultar como el buey; mas en conclusión, os ofrezco lo que tengo. Hay una escena por refundir, sin lo cual hace tiempo que os hubiera hecho la proposición objeto de esta carta. Finalmente, César, Bruto, Casio y Antonio están á vuestras órdenes para cuando queráis llamarlos.

Mucho agradezco la buena voluntad que tenéis la bondad de mostrar al niño Champhonin, á quien os recomendé. Es un muchacho cuyo solo deseo es trabajar, y á quien puede, á mi ver, ponerse desde luego en

la clase de retórica ó en la de filosofía; es una criatura de familia distinguida, pero pobre. Si el colegio transigiera con que su pensión fuera módica, con ello nos daríamos por satisfechos; al menos sería con toda regularidad pagada, pues los pobres son los únicos que pagan como Dios manda.

En fin, señor, si supierais de alguna colocación para este joven, me obligaríais infinitamente. Quisiera que fuese educado bajo vuestra inspección inmediata, pues le gustan mucho los buenos versos.

Adiós, señor; contad con la amistad, afecto y reconocimiento de V. Nada de cumplidos; con mis amigos soy cuáquero. Firmadme un A.

Á LOS AUTORES DEL « MENSAJERO  
DEL PARNASO »

Hace cuatro meses que recibo aquí en el campo, donde vivo, las cartas que publicáis en Francia próximamente desde esa fecha; y en la que lleva el número dieciocho, he visto las injuriosas quejas que se os dirigen contra mí, sobre las cuales es justo que me quepa el honor de escribiros; menos en pro de mi personal justificación, que en defensa de los fueros de la verdad.

Un amigo, ó acaso un pariente del difunto señor Campistrón, me censura con amargura y dureza porque insulté la memoria del ilustre escritor en un folleto en que dice que empleo estas palabras poco decorosas: *el desdichado Campistrón*. Asistiríale la razón, sin duda, al inferirme este reproche como á vosotros al imprimirlo, si realmente fuera yo culpable de una grosería tan lejana de mis hábitos. Para mí es una sorpresa tan viva como dolorosa el ver que se me cucl-

gan torpezas semejantes. Yo no sé cuál es el folleto de que se trata ni oí hablar nunca de él. En todos los días de mi vida escribí ninguno; y si algún escritor hay que pudiera verse al abrigo de semejante acusación, me atrevo á asegurar que ese hombre soy yo.

Desde los dieciséis años, en que unos versos un tanto satíricos, y por consiguiente condenables, escaparon á la imprudencia de mi edad y al resentimiento de una injusticia, impúseme la ley de no reincidir jamás en este género de escritos. Rodeado de continuos sufrimientos que me anonadan, paso mis días, y el estudio de los buenos libros sirve de consuelo á mis males; en tal situación de vida, llega á mis oídos que en París me achacan piezas fugitivas que nunca vi ni en mi vida veré, y no puedo atribuir acusaciones semejantes á la envidia de ningún autor, pues ¿á quién podría yo inspirar envidia? Mas cualquiera que sea la causa que haya podido motivar el hacerme padre de semejantes partos declaro aquí terminantemente que nadie hay en Francia que pueda asegurar que yo le mostré nunca, desde que salí de la infancia ningún escrito satírico en verso ó prosa, é invito á que lo declare quien sepa que yo aplaudí uno solo de esos escritos, cuyo mérito consiste en acariciar la pública malignidad.

Y no sólo me guardé de echar mano de términos injuriosos, ni de palabra ni en impresos, hablando de M. de Campistrón, cuya memoria no debe ser indiferente á los literatos, sino que además protesté siempre contra la censurable costumbre de algunos jóvenes al designar por su nombre escueto á los escritores merecedores de consideración.

Considero indigno de la cortesía francesa y del respeto que los hombres se deben unos á otros, el decir simplemente, Fontenelle, Chaulieu, Crébillon, Lamotte

y Rousseau, y hasta me atrevo á decir que corregí en algunas personas esa manera de hablar, exenta de decoro, siempre molesta para los vivos y que á los muertos no debe aplicarse sino cuando su memoria comienza á envejecer. Los contados curiosos que hayan hojeado los prólogos de algunas obras teatrales que di á la estampa, habrán visto que yo escribí siempre « el gran Corneille », quien, para nosotros, es ya casi antiguo, y que siempre dije M. Racine y M. Despréaux, porque puede decirse que son más contemporáneos.

Cierto que en el prólogo de una tragedia dirigida á milord Bolingbroke, informando á este inglés ilustre de los defectos y bellezas de nuestro teatro, me lamenté á justo título de que la galantería degrada entre nosotros la dignidad de la escena; y dije entonces, y digo hoy que se habían aplaudido estos versos de *Alcibiades*, indignos de la tragedia (acto I, escena II):

Hélas ! qu'est-il besoin de m'en entretenir ?  
 Mon penchant á l'amour je l'avouerai sans peine,  
 Fut de tous mes malheurs la cause trop certaine ;  
 Mais, bien qu'il m'ait coûté des chagrins, des soupirs,  
 Je n'ai pu refuser mon âme à ses plaisirs ;  
 Car, enfin, Amintas, quoi qu'on en puisse dire,  
 Il n'est rien de semblable à ce qu'il vous inspire.  
 Où trouve-t-on ailleurs cette vive douceur  
 Capable d'enlever et de charmer un cœur ?  
 Oh ! lorsque, pénétré d'un amour véritable,  
 Et gémissant aux pieds d'un objet adorable,  
 J'ai connu dans ses yeux timides ou distraits,  
 Que mes soins de mon cœur avaient troublé la paix ;  
 Que, par l'aveu secret d'une ardeur mutuelle,  
 La mienne a pris encore une force nouvelle ;  
 Dans ces tendres instants j'ai toujours éprouvé  
 Qu'un mortel peut sentir un bonheur achevé.

Hubiera podido sentar con igual justicia que son indignos de su pluma las obras del gran Corneille é inferior

res á éste *Alcibiades*, y que *Berenice* de Racine no es sino una elegía bien escrita, dicho sea sin ofender la memoria de estos ilustres varones. Los descuidos de ellos sirven á nuestra instrucción, y hasta creí honrar la memoria de M. de Campistrón hablando de él á los extranjeros, á quienes daba cuenta de nuestra escena, de la propia suerte que creería rendir homenaje al inimitable Molière si, para mostrar los defectos de nuestra escena cómica, dijera que ordinariamente las intrigas de nuestras comedias están dirigidas por los criados, y que los chistes en ellas casi nunca se oyen en boca de los amos, admitiendo como prueba casi todas las piezas de ese genio encantador, quien, á pesar de tal defecto y del de los desenlaces, aventaja á Plauto y á Terencio.

Dije además que *Alcibiades* es una pieza á cuya trama nada hay que pedir, pero escrita débilmente: el defensor de M. Campistrón considera como un crimen mi dictamen; séame licito echar mano de la respuesta de Horacio:

Nempe incomposito dixi pede currere versus  
Lucili: quis tam Lucili fautor inepte est  
Ut non hoc fateatur?

Lib. I, sat. X.

Se me pregunta qué entiendo por estilo débil, y pudiera responder: el mío. Trataré, sin embargo, de aclarar la idea, á fin de que este escrito no sea del todo inútil; y puesto que por el propio ejemplo no me es dable demostrar la esencia del estilo noble y vigoroso, intentaré al menos explicar mis conjeturas, justificando lo que pienso en general de la tragedia de *Alcibiades*.

El estilo resistente y vigoroso, tal cual á la tragedia conviene, es aquél que no dice demasiado ni escasamente, el que muestra siempre cuadros al espíritu sin perder de vista la pasión.

Así, Cleopatra exclama en *Rodogune* (acto V, escena I):

Trône, à t'abandonner je ne puis consentir;  
Par un coup de tonnerre il vaut mieux en sortir.  
.....  
Tombe sur moi le ciel pourvu que je me venge!

Éste es estilo muy vigoroso, y acaso lo sea demasiado; el verso que precede al último debe incluirse en el estilo débil.

Il vaut mieux mériter le sort le plus étrange.

El estilo débil, no ya sólo en la tragedia, sino en cualesquiera otras composiciones, consiste en dejar caer los versos por parejas, sin emplear periodos largos ni cortos, y sin variar la medida; en rimar excesivamente con ayuda del epíteto; en prodigar expresiones demasiado comunes; en repetir frecuentemente palabras idénticas; en no servirse como es debido de las conjunciones, que así parecen inútiles á los espíritus de cultura escasa, y que, sin embargo, contribuyen á la elegancia del discurso:

Tantum series, juncturaque pollet!  
De Arte poet.

Todas éstas son finezas imperceptibles, que constituyen al par la dificultad y la perfección del arte:

In tenui labor, at tenuis non gloria.

GEORG. IV.

Abro en este mismo instante el volumen de tragedias de M. de Campistrón, y leo en la primera escena de *Alcibiades*:

Quelle que soit pour nous la tendresse des rois,  
Un moment leur suffit pour faire un autre choix.

Y digo que estos dos versos, sin que sean malos en absoluto, son débiles y están desprovistos de belleza.

Pedro Corneille expresó la misma idea en la siguiente forma:

Et malgré ce pouvoir dont l'éclat nous séduit,  
Sitôt qu'il nous veut perdre, un coup d'œil nous détruit.

Ese *quelle que soit* de Alcibiades, hace languidecer el verso; y luego *un moment leur suffit pour faire un autre choix* no constituye, ni con mucho, una pintura tan viva como la de este verso:

Sitôt qu'il nous veut perdre, un coup d'œil nous détruit.

Sigo leyendo en M. de Campistrón:

Mille exemples connus de ces fameux revers...  
Affaibli notre empire et dans mille combats...  
Nous cache mille soins dont il est agité...  
Il a mille vertus dignes du diadème...  
Par mille exploits fameux justement couronnés...  
En vain mille beautés, dans la Perse adorées...  
En vain par mille soins la princesse Artémise...  
Le sort le plus cruel, mille tourments affreux.

La palabra *mille* tantas veces repetida, sobre todo en versos bastante flojos, debilita el estilo hasta el extremo de estropearlo. Que la pieza íntegra está plagada de esos términos baldíos, que llenan al desgaire los hemistiquios, me atrevo á demostrarlo punto por punto, é igualmente que todos los versos de la obra carecen de fuerza á causa de esos defectos de detalles, los cuales hacen languidecer la dicción.

Si yo hubiera vivido en la época de M. de Campistrón y hubiese tenido el honor de ser su amigo, habríale manifestado todo cuanto aquí escribo para que el público lo lea; habría hecho todos los esfuerzos imaginables para alcanzar de él la enmienda del estilo de esta pieza, la cual, escrita con mayor cuidado, sería una obra excelente; en una palabra; habríale hablado,

como aquí me expreso en pro de la perfección del arte, que á pesar de todo cultivaba con fortuna.

El actor famoso que durante tantos años representó *Alcibiades*, ocultaba todos los defectos de la dicción con los encantos de su arte personal; y en verdad que de una tragedia como de una obra histórica puede decirse: *Historia, quoquo modo scripta, bene legitur; et tragædia, quoquo modo scripta, bene representatur*; pero los ojos del lector son jueces menos contentadizos que los oídos del espectador.

Leyendo estos versos de *Alcibiades*:

Je répondrai seigneur, avec la liberté  
D'un Grec qui ne sait pas cacher la vérité

recuérdanse al punto estos otros de *Britannicus*

Je répondrai, madame, avec liberté  
D'un soldat qui sait mal farder la vérité.

y se ve que los de Racine están llenos de la singular armonía que en algún modo caracteriza á Burro con esta censura entrecortada *d'un soldat...*; los versos de *Alcibiades* son rastreros y carecen de fuerza; la imitación aparece sobrado clara, y es además inaguantable que el ciudadano de un país renombrado por la elocuencia y el arte, comunique á sus compatriotas un carácter que no tenían (acto III, escena I):

Vous allez attaquer des peuples indomptables,  
Sur leurs propres foyers plus qu'ailleurs redoutables.

Siempre la misma languidez de estilo. Esas perpetuas rimas de epítetos (*indomptables redoutables*), chocan al oído delicado de los inteligentes, quienes apetece cosas en vez de sonidos. *Sur leurs propres foyers plus qu'ailleurs* es demasiado sencillo hasta para prosa.

Ningún literato vi que no participara de mi manera de ver en este punto. Todos convinieron conmigo en

que el estilo de esta obra es, en general, languidísimo. Y hasta me atreveré á decir que la dición únicamente es lo que hace á M. de Campistrón inferior á Racine. Siempre sostuve que las piezas del autor de *Alcibíades* estaban compuestas por lo menos con igual regularidad que las del ilustre Racine; mas la poesía del estilo es lo que constituye la perfección de las obras en verso, y M. de Campistrón lo ha descuidado siempre; nunca imitó el colorido de Racine sino con tímido pincel; á este autor, por lo demás juicioso y sensible, faltan esas bellezas de detalle y esas expresiones felices que constituyen el alma de la poesía y fundamentan el mérito de Homero, Virgilio, Tasso, Milton, Pope, Corneille, Racine y Boileau.

Todo lo cual acredita que con mi juicio senté una verdad, y hasta una verdad útil á las bellas letras; y porque así es en verdad, se me injuria y se me denigra.

El anónimo (quien quiera que sea) me asegura, después de prodigarme buen número de ataques personales, que soy un modelo perverso; en efecto, tal es mi parecer, y así lo he dicho: yo no me jacto sino de conocer mi arte y juntamente mi impotencia. En otra parte añade (lo cual no es una injuria sino crítica admirable) que mi tragedia *Brutus* está llena de defectos. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Precisamente por eso, porque los tales defectos me son familiares, me opuse siempre durante un año á ponerla en manos de los comediantes que me la reclamaban. Aun después la corregí no poco, removiendo este terreno en que había trabajado con tantos sudores como escaso fruto. Ni una sola de mis endebles obras dejó de corregir á diario en los intervalos que mis enfermedades me lo consienten. Y no sólo veo palmarios los lunares de mis escritos, sino que agradezco á los que me corrigen: á los criti-

cos contesté siempre tratando de enmendar mis yerros.

Esta verdad, que me gusta en los demás, tengo derecho á que sea oída cuando soy yo quien la formula. M. de Lamotte recuerda muy bien la franqueza con que yo le he hablado, y que le aprecio bastante para señalarle cuando tenga el honor de verle, algunos defectos que creo advertir en sus ingeniosas obras. Vergonzoso sería que la adulación corrompiera al reducido número de personas que piensan; pero cuanto mayor es mi amor á la verdad, más grande es mi odio para las sátiras, que no son sino el lenguaje de la envidia. Los autores que pretenden enseñar á pensar á los demás hombres, deben mostrarles por igual ejemplos de cortesía y elocuencia, armonizando las buenas maneras con el estilo. ¿Será menester acaso que los que buscan la gloria corran á la vergüenza, gracias á las querellas literarias, y que las personas de talento sean frecuentemente los bufones de los tontos?

Encontrándome aquí, en Inglaterra, recibí muchas veces epigramas y sátiras contra M. de Fontenelle; mas por el buen nombre de mis compatriotas siempre cuidé de sentar que estos dardos que se le dirigian eran comparables á las injurias que el esclavo enderezaba antaño al triunfador.

Entiendo yo que es proceder como buen francés el apartar cuanto mis fuerzas lo consientan, la sospecha reinante en los países extranjeros en lo tocante á que los franceses no hacen nunca justicia á sus contemporáneos. Seamos justos, señores, y no nos atemorice la censura, ni sobre todo el tributar alabanzas á quienes las merecen; no leamos *Petarita*, mas vertamos lágrimas con *Poliuto*. Olvidemos de M. de Fontenelle las cartas que compuso cuando joven, pero aprendamos de memoria, si es posible, *Los Mundos*, el prólogo

de la *Historia de la Academia de Ciencias* y otros de sus escritos. Digamos, si os place, á M. de Lamotte que no tradujo bien la *Iliada*; pero no olvidemos ni una sola palabra de sus hermosas odas ni de las otras felices composiciones que escribió. Rechazar las alabanzas merecidas, es oponerse á pagar deudas legítimas; son aquéllas la única recompensa de los literatos; ¿y quién les otorgará tal tributo, si no somos nosotros, que siguiendo aproximadamente el mismo camino debemos conocer mejor que nadie la dificultad y el premio de una obra excelente?

Muchas veces oí decir en Francia que todo ha venido á menos, y que en todos los géneros se advierte una pasmosa escasez de hombres. Los extranjeros no oyen en París sino estos discursos, y sin dificultad nos creen bajo nuestra palabra; sin embargo, ¿cuál es el siglo en que el espíritu humano haya hecho más progresos que el en que nos encontramos? Ved á un joven de diecisiete años<sup>1</sup> que realmente ejecuta lo que antaño se dijo de M. Pascal, que compone un tratado sobre las curvas capaz de honrar á los más grandes geométricos. El espíritu de raciocinio penetra tan bien en la escuela, que ya comienzan á desecharse en ellas los ininteligibles absurdos de Aristóteles y las ingeniosas quimeras de Descartes. ¿Con cuántos historiadores excelentes no contamos de treinta años á esta parte? Algunos hay á quienes se lee con mayor placer que á *Felipe de Commines*; pero es verdad que nadie se atreve á declararlo á voces, porque el autor vive aún entre nosotros. No damos humanamente con el medio de apreciar á un contemporáneo lo mismo que á un autor muerto hace doscientos años.

1. Clairault.

Ploravere suis non respondere favorem  
Speratum meritis.

HOR., lib. II, ep. I.

Nadie se determina á reconocer abiertamente las riquezas de su siglo, y nos asemejamos á los avaros, que declaran siempre terrible el siglo en que viven; pero advierto, señores míos, que estoy abusando de vuestra paciencia. Disimulad esta larga carta y cuantas reflexiones en ella expuse, pues todas emanan de un hombre honrado, que necesitaba justificarse y que extremadamente ama las letras, á su patria y la verdad.

### AL SEÑOR THIRIOT

EN PARÍS

Luneville, 12 de junio do 1735.

Si; no dejaré de lanzaros injurias hasta que haya conseguido curaros de vuestra pereza. No os echo en cara que cenéis todas las noches en compañía del señor de la Popelinière, os censuro por reducir á esto todos vuestros pensamientos y todas vuestras esperanzas. Vivis como si el hombre hubiera sido exclusivamente creado para cenar, y no gozáis de la existencia sino de las diez de la noche á las dos de la madrugada. No hay cenador que se acueste ni mojigata que se levante más tarde que vos; permanecéis en vuestro agujero hasta la hora de los espectáculos, disipando los vapores de la cena de la vispera, y carecéis de un momento para pensar en vuestra persona y en vuestros amigos, con lo cual el escribir una carta se convierte para vos en pesada carga. Un mes cabal habéis menester para contestar cuando se os escribe, y, sin embargo, acariciáis monumentales ilusiones hasta el extremo

de creer que seriais capaz del desempeño de un empleo con que ganar alguna fortuna, careciendo de voluntad para procuraros en vuestra casa una ocupación ordenada, y no habiendo ni siquiera logrado escribir con regularidad á vuestros amigos, ni aun cuando se trata de negocios importantes para vos y para ellos. Me aturdís los oídos con señores y damas linajudos: ¿á dónde vamos á parar con este séquito? Vuestra juventud pasó, y pronto os veréis viejo y enfermo; esto es lo que debe ocupar vuestros pensamientos. Es necesario que os preparéis un otoño tranquilo, feliz é independiente. ¿Qué será de vos cuando os veáis enfermo y abandonado? ¿Acaso os servirá de consuelo el pensar que antaño bebisteis champagne en buena compañía? Considerad que una botella de las Barbadas se arrincona luego que se rompe, y, hecha añicos, permanece en el polvo, y que lo propio acontece á cuantos lo olvidaron todo menos ser admitidos en algunas cenas, y que el fin de un viejo achacoso é inútil es de las cosas más tristes de la vida. Y si esto no os procura algún vigor ni os excita á sacudir la modorra en que vuestra alma yace sumida, nada servirá para curaros. Y si yo os quisiera menos de lo que os quiero, vuestra pereza no me sugeriría sino bromas; pero os quiero y por eso os riño tanto.

Y esto sentado, pensad en vos y asimismo en vuestros amigos; bebed vino de champagne en grata compañía, pero haced algo que os permita algún día beber el vino de vuestra viña. No olvidéis á vuestros amigos ni dejéis pasar meses enteros sin escribirles ni una línea; y no se trata de escribir cartas pensadas ni detenidamente reflexionadas que puedan costar mucho á la pereza; trátase sólo de unas cuantas palabras amistosas y de algunas nuevas, ya literarias, ya de

humanas ridiculeces, todo escrito sin desvelos ni atención, para lo cual no precisa sino instalarse un cuarto de hora en la mesa de trabajo. ¿Es esto que os pido un esfuerzo tan penoso? Mi deseo de mantener con vos un comercio regular, es tanto mayor cuanto que vuestra última carta me ocasionó un placer extremo: además, de cuando en cuando, me permitiré pedir os algunas anécdotas del reinado de Luis XIV; contad con que algún día la cosa puede seros útil, y con que esta obra os valdrá veinte volúmenes de *Cartas Filosóficas*.

He leído *Turena*; el infeliz autor ha copiado páginas enteras del cardenal de Retz, y frases de Fenelón; todo se lo perdono, porque tiene la costumbre de echar mano de tales artes; pero no logró hacernos interesante á su héroe; le llama *grande* y no le muestra como tal; le alaba cual retórico, saquea las oraciones fúnebres de Mascarón y Flechier y reimprime entre las pruebas estas oraciones fúnebres: ¡buenas pruebas históricas!

No me sorprende el juicio que os merece la obra del abate Leblanc, ni del éxito tampoco; muy bien puede acontecer que la pieza sea horrenda y al propio tiempo se aplauda.

Escribidme, y quered toda vuestra vida á un hombre sincero, que jamás ha cesado de quereros.

*P. D.* — ¿Qué significa un retrato mío, de cuatro páginas, que anda por ahí de la ceca á la meca? ¿Quién es el embadurnador? Enviadme esa muestra de cervicero.

Haced presente mi recuerdo á los Froulai, Desalleurs, Pont de Vesle, du Deffand *et totam hanc suavissimam gentem*.

## AL SEÑOR BERGER

Cirey, febrero de 1736.

El buen éxito de mis *Americanos* es tanto más grato para mí, cuanto que justifica vuestra amistad para conmigo y vuestro gusto hacia mis obras. Me atrevo á manifestaros que los sentimientos de virtud que animan esta pieza existen también en mi corazón, por lo cual cuento mucho más con la amistad de una persona como vos, de quien soy conocido, que con los sufragios de un público siempre inconstante, el cual se complace elevando ídolos para luego destruirlos, y que desde hace mucho tiempo pasa la mitad del año alabándome y calumniándome la otra mitad. Desearía que la indulgencia con que esta obra acaba de ser acogida pudiera impulsar á vuestro gran músico Rameau á confiar en mí para acabar su ópera *Sansón*, con el plan que yo me había propuesto; para él había exclusivamente trabajado, apartándome de la senda ordinaria en el poema, por hacer lo propio él con la música. He considerado que ya era tiempo de buscar horizontes nuevos para la ópera como para la tragedia; las bellezas con que nos regalaron Quinault y Lulli se trocaron en lugares comunes. Acaso se encuentren pocas personas con arrojo suficiente para aconsejar al señor Rameau que componga música para una ópera en cuyos dos primeros actos el amor no aparece por ninguna parte; pero él debe poseer la independencía necesaria para sobreponerse á este prejuicio; debe creerme, y á sí mismo prestaría crédito. Desde luego puede contar con que el papel de Sansón, representado por Chassé, será por lo menos de tanto efecto como el de Zamora hecho por Dufresne.

Tratad de persuadir de esto á esa cabeza de semicorchea; decidle que obre á impulsos de su interés y de su gloria, que me prometa ir en todo de concierto conmigo; sobre todo, que no prodigue su música llevándola de casa en casa, y que adorne con nuevas bellezas los trozos que para él compuso. Cuando la quiera, á su disposición tengo la pieza, y M. de Fontenelle será el examinador de ella; seguro estoy de que el príncipe de Carignan la recomendará y juntamente de que será entre todas las obras de nuestro gran músico la que más le honre.

Por lo que toca al señor de Marivaux, me contrariaría grandemente el contar entre mis enemigos á un hombre de su carácter y cuyo talento y probidad aprecio. Hay, señaladamente en sus escritos, un carácter filosófico, humano é independiente, en el cual encontré con regocijo mis sentimientos peculiares. Verdad es que á las veces apetecería en él un estilo menos rebuscado y más nobles asuntos; pero muy lejos estoy de haberme acordado de su persona al hablar de las comedias metafísicas. Entre éstas sólo incluyo aquéllas con cuyos personajes no tropezamos en la vida; son tipos alegóricos, adecuados cuando más al poema épico, é impropios de la escena, donde todo debe reflejar la naturaleza. Á mi entender, no es tal el defecto del señor de Marivaux, á quien censuraria, por el contrario, la minuciosidad en las pasiones y el no dar á veces con la verdadera senda del corazón humano, por hallar caminos un tanto extraviados. Prueba concluyente de que su espíritu me place, es que le rogaría que no lo prodigara como lo prodiga. No es menester que un personaje cómico se inquiete por parecernos ingenioso; basta con que sea festivo á pesar suyo y sin que crea serlo; tal es la diferencia que debe existir entre la co-



media y el simple diálogo; tal es mi parecer, que someto al vuestro.

Al difunto señor de Laclède presté cierta suma sin exigirle recibo; pero bien quisiera haberle facilitado diez veces más y que viviera todavía. Os suplico que me comunicuéis todo cuanto sepáis relativo á mis *Americanos*, y os envío un abrazo cariñoso.

¿Qué se hizo del abate Desfontaines? ¿En qué jaula han metido á ese can que mordía á sus amos? Rabioso y todo como está, yo no le negaré el mendrugo correspondiente. Esta carta no va de letra mía por hallarme un poco malucho. Adiós.

#### AL SEÑOR CARDENAL ALBERONI

Julio, de 1735.

Monseñor: La carta con que vuestra eminencia me ha honrado es una recompensa tan lisonjera para mis obras, cual ha debido serlo para vuestras acciones la estima de Europa. No temáis darme ningún género de gracias, monseñor; no he sido más que el órgano del público al hablar de vos. La libertad y la verdad, que han guiado siempre mi pluma, me han valido vuestra aprobación. Estos dos caracteres deben agradar á un genio como el vuestro. Quien no los ame podrá muy bien ser un hombre poderoso, pero no podrá ser nunca grande hombre.

Desearia poder admirar desde más cerca á aquél á quien he hecho justicia desde tan lejos. No me lisonjeo con la esperanza de tener jamás la dicha de ver á vuestra eminencia; pero si Roma entiende suficientemente sus intereses y trata por lo menos de restablecer las artes y el comercio dándoles algún brillo en el

país que fué en otro tiempo el dueño de la parte más hermosa del mundo, espero que entonces podré escribiros con otro título que con el de vuestra eminencia, de quien tengo el honor de ser, etc.

#### AL SEÑOR PALLU

INTENDENTE EN MOULINS

Cirey, 9 de febrero de 1736.

Señor: Una ligera enfermedad me ha privado del consuelo de enviaros una cuantas pullas de mi propia mano; me sirvo de un secretario y me doy aires de intendente. ¡Mas hay, cruel amigo! sois vos quien oficiáis de intendente no contestando á mis peticiones. Había yo creído complimentaros y halagar vuestro gusto por las letras, enviándoos hace unos cuantos meses una escena traducida de un viejo autor inglés; pero veo que tan poco se os da del inglés como de mí; ¿qué se hizo la promesa aquélla de los cisnes de Moullins para la señora de Châtelet? ¿No sabéis que estas pequeñeces así, una vez prometidas se convierten en tangibles y casi sagradas, y que valdría más permanecer dos años enteros sin cobrar los impuestos en los pueblos de la *mère aux gaines*<sup>1</sup> que el no enviar los cisnes á Cirey? ¿Por ventura creéis que en el mundo no hay sino ministros, Moullins y Versailles?

Leyendo hoy unos versos de Pope sobre la dicha, se me ha ocurrido refutar por el tenor siguiente á este reflexivo vate:

Pope, l'Anglais, ce sage si vanté,  
Dans sa morale au Parnasse embellie,

1. Nombre dado á Moullins, por su cuchillería.

Dit que les biens, les seuls biens de la vie,  
Sont le repos, l'aisance et la santé.  
Il s'est mépris : quoi dans l'heureux partage  
Des dons du ciel faits à l'humain séjour,  
Ce triste Anglais n'a pas compté l'amour!  
Qu'il est à plaindre! il n'est heureux ni sage.

En el lugar del amor colocad la amistad, y veréis cuantísimo faltáis á mi contento. Protegedme al menos como si hubiera venido al mundo en Moulins; tened piedad de esa pobre *Alcira* que, según me dicen, están imprimiendo de contrabando por esos mundos de Dios, como imprimieron *Julio César*. Cruento es en verdad el ver así descoyuntados á los propios hijos. *Monsieur Rouillé* puede con una palabra impedir que se me ocasionese este quebranto, y yo anhelo deberos esta obligación. Si me procuráis este excelente servicio, muy grande serán mis respeto y reconocimiento; y si me escribís, os querré con toda mi alma.

#### AL SEÑOR DE LA ROQUE

Cirey, 10 de febrero de 1736.

Señor: Me contraría grandemente el no poderos escribir de mi puño y letra, gracias á una ligera indisposición que padezco; así no disfruto sino la mitad del placer que en perfecta salud experimentaría, lo cual os probará lo sensibles que para mí son vuestras bondades, y en verdad, es grato merecer los parabienes de un nombre que, cual vos, conoce y ama todas las bellas artes. Por vuestro acendrado gusto, cortesía é imparcialidad, siempre traéis á mi memoria la idea del señor de La Faye, á quien nunca lamentaremos bastante. Mis ideas sobre las bellas artes son idénticas á las vuestras:

Vers enchanteurs, exacte prose,  
Je ne me borne point à vous.  
N'avoir qu'un goût c'est peu de chose;  
Beaux-arts, je vous invoque tous.  
Musique, danse, architecture,  
Art de graver, docte peinture,  
Que vous m'inspirez de désirs!  
Beaux-arts, vous êtes des plaisirs;  
Il n'en est point qu'en doive exclure.

Bien quisiera enviaros algunas de esas bagatelas que tanta indulgencia os inspiran; pero sabéis que los versos que á mis amigos dirijo de cuando en cuando, respiran una libertad que no acomodaría al público severo. Si entre estos libertinos, siempre de vestiduras muy ligeras, se encuentran algunos en armonía con la usanza del país, ya tendré el honor de hacer que lleguen á vuestras manos.

#### AL SEÑOR DE LAMARE

Cirey, 15 de marzo de 1736.

Señor: Confío en que al publicar alguna de vuestras obras lo haréis con puntualidad mayor de la que habéis puesto en la edición de *Julio César*. Permitid que mi amistad se lamente de que hayáis aventurado en vuestro prólogo algunas cosas sobre las cuales debierais haberme consultado previamente.

Decís, por ejemplo, que en determinadas circunstancias el parricidio se consideraba como una acción varonil y hasta virtuosa entre los romanos, y esta proposición había menester de urgente prueba.

La historia no nos muestra ningún ejemplo de un hijo asesino de su padre por la salud de la patria. El de Bruto es el único, y con todo no es seguro que fuera el hijo de César.

Yo entiendo que debierais haberos limitado á decir